

## Fundamentos paleontológicos



n° 182

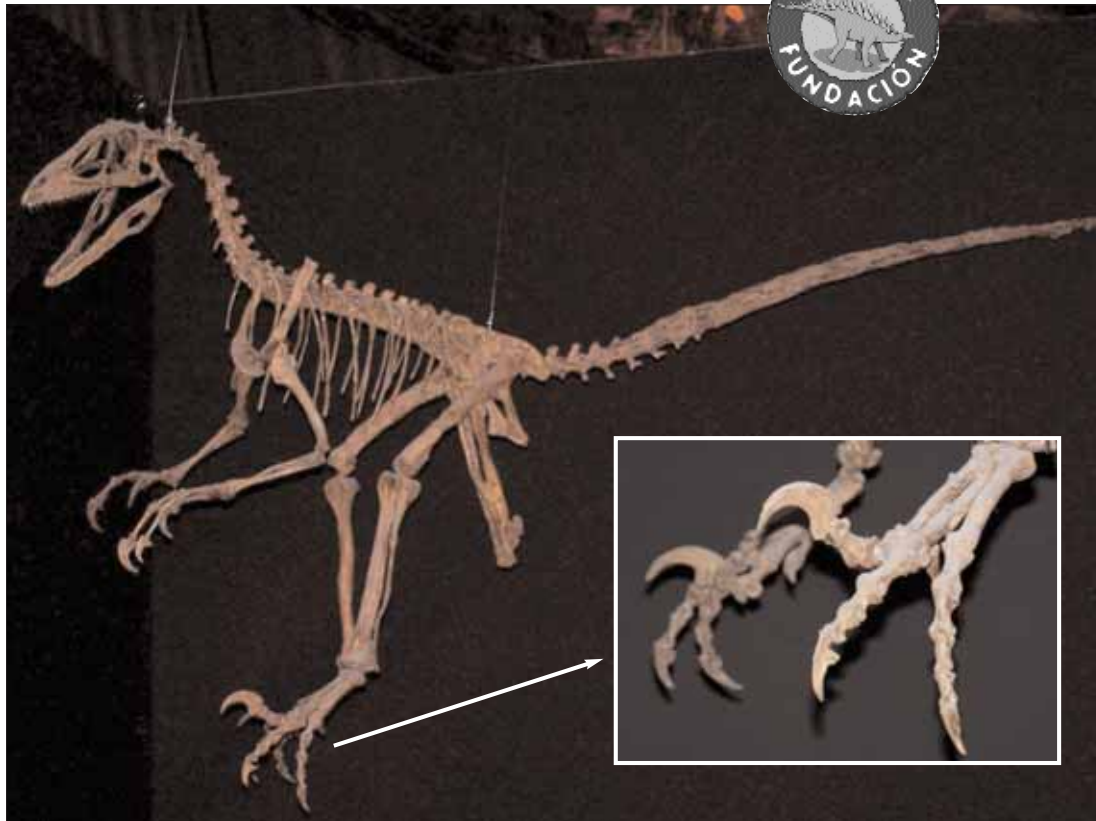
Acaban de comer, se acomodan en el sofá y dejan viajar su mente con documentales que les acercan al mundo salvaje y animal. Desde el nacimiento de una pequeña foca, pasando por el cortejo de un ave del paraíso hasta el ataque de una hambrienta leona que da caza a un joven antílope nos conmociona y sorprende a la vez.

La naturaleza nos enseña muchas lecciones y entre ellas está la lucha por la vida y la supervivencia. ¿Recuerdan el documental y la escena de caza de la leona? Pues bien, les propongo que imaginen otra escena de caza pero ésta será más lejana en el tiempo, nada menos que en la Era Mesozoica que, como de otros Fundamentos paleontológicos recordarán, es la época de los dinosaurios y de otras muchas criaturas como los reptiles voladores y los reptiles marinos.

No se sabe con total seguridad cómo fueron los ataques y métodos defensivos de los dinosaurios, pero sí se conocen sus elementos: dientes, garras, púas, mazas o placas han sido encontrados en numerosos yacimientos a lo largo de todo el planeta. Además, del registro icnológico -de las huellas-, se obtienen pruebas directas de sus movimientos y aunque muy escasos existen afloramientos en los que se pueden inferir ataques.

Los terribles depredadores con sus potentes garras y dientes de bordes aserrados, puntiagudos y curvados hacia atrás darían caza y muerte a sus presas. Ya fueran cazadores solitarios o en manadas, los dinosaurios fitófagos serían un buen manjar para ellos. Llegados a este punto, no hay que recurrir a los grandes depredadores de inmensas fauces para buscar a un experto cazador. En la sala de los dinosaurios en Dinópolis existe un pequeño terópodo del Cretácico Inferior de Estados Unidos -*Deinonychus*- que alcanzaría entre 2,5 y 3,5 metros de longitud y un peso entre 50 y 70 kilos, cuyo descubrimiento en la década de 1960 sugirió un nuevo método de ataque hasta entonces desconocido para los paleontólogos. Con sus largos brazos serían capaces de sujetar a las presas y las poderosas garras afiladas de sus patas delanteras y traseras serían las responsables de acabar la faena, de ahí su temido nombre: "Garra terrible".

Ante un ataque de un terópodo, el resto de los dinosaurios adoptaría diferentes estrategias de defensa. Entre los grandes saurópodos, el propio tamaño supondría una defensa eficaz donde,



*Deinonychus*, alias "garra terrible", poseía unas uñas mortíferas

## Luchando por la supervivencia

AINARA ABERASTURI RODRÍGUEZ

Paleontóloga de la Escuela Taller de Restauración Paleontológica II



Ante dientes como los del T-Rex cualquier defensa era poca (izda). Escudo óseo del *Triceratops* del rincón de los cráneos en Dinópolis

tal vez, con sus colas y cuellos largos podrían azotar y hacer retroceder a sus atacantes. Las cabezas de los ceratósidos dotadas de auténticos escudos óseos con forma de abanicos y anchuras de hasta 2 metros podrían suponer un parapeto perfecto para el cuello durante un ataque, si bien esto ha sido puesto en duda, ya que se han encontrado escudos con marcas de dientes atravesándolos por completo.

Otros dinosaurios como los anquilosaurios presentaban un cuerpo cubierto de placas, púas y escudos cual armadura medieval. Poseían la cola, el cuello y la parte dorsal protegida por placas; incluso hay ejemplares con párpados óseos presentando como única parte vulnerable el vientre. Algunos de ellos desarrollaron en la cola enormes mazas óseas de 30 kg y los estegosaurios (dinosaurios con placas) enormes

púas de hasta 60 centímetros que mediante un movimiento brusco darían un latigazo hirviendo a sus atacantes.

No todos los dinosaurios fitófagos tenían estructuras defensivas. Los ornitópodos carecían de cualquier escudo o coraza que protegiera su cuerpo ante un ataque, de manera que optarían por diferentes métodos defensivos: las formas más gráciles, como el hipsilofodóntido -exposición en el satélite de

Dinópolis en Galve-, huirían al tener mayor agilidad que los terópodos y en el caso de las formas de gran tamaño, como iguanodóntidos y hadrosaurios, el viajar en manadas les proporcionaría seguridad y protección. Pero volvamos de nuevo de nuestro viaje donde el depredador deja de ser el malo y la presa la buena: es la lucha por la supervivencia.

© Copyright Ainaara Aberasturi